

Contra viento y marea

El anarcosindicalismo durante la transición (1975-1984)

Héctor Augusto González Pérez

erren te zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

Índice

Abreviaturas y siglas utilizadas	9
Prólogo	11
Capítulo 1. Otro libro más sobre la CNT en la transición	17
1.1. Un nuevo paradigma: la CNT como movimiento obrero	23
1.2. Algunas cuestiones problemáticas	28
1.3. Unas breves notas para los interesados en las fuentes	40
1.4. En definitiva, ¿qué nos vamos a encontrar?	42
Capítulo 2. 1975-1977: Ánimo, abuelos, que ya volvemos	45
2.1. Reinención del movimiento obrero y desierto confederal. España bajo el franquismo	46
2.2. Poner a la CNT de nuevo en pie	51
2.3. Franco murió en la cama, pero el franquismo murió en la calle	65
2.4. La CNT en —y ante— la España de los años 70	80
2.5. La CNT hacia el interior	103
Capítulo 3. Una y trina	135
3.1. La familia confederal	136
3.2. El problema generacional	141
3.3. ¡Organización! ¿Qué organización?	155
3.4. ¿Qué es un anarco-sindicato?	173
3.5. <i>Infiltrados</i> : comunistas y cristianos	210

Capítulo 4. 1978-1980: el fin del sueño de la bella acracia	215
4.1. Madrid: el anarcosindicalismo imposible	216
4.2. FAI y FIGA: el papel de las específicas	219
4.3. Segunda huelga de gasolineras. Un conflicto trascendente	244
4.4. Los Grupos de Afinidad Anarcosindicalista: la crisis catalana	252
4.5. Otra vez el exilio	263
4.6. Un metacongreso	264
4.7. La escisión	275
4.8. Una propuesta explicativa de la escisión	288
Capítulo 5. 1980-1984: un quinquenio para olvidar	293
5.1. Camina y revienta. El movimiento obrero en los 80	293
5.2. ¡Sálvese quien pueda! La izquierda en crisis	301
5.3. Camino al abismo: CNT-AIT 1980-1983	306
5.4. CNT-CV: la fe del carbonero	328
5.5. El Abrazo de Vergara: hacia la reunificación	337
Capítulo 6. Conclusiones	349
Capítulo 7. Anexo. Datos de interés de los militantes entrevistados	355
Capítulo 8. Fuentes	367

Prólogo

El otro corto verano de la anarquía

La historiografía más académica no ha prestado demasiado interés por la CNT después de que esta se consumiera en el fuego de la derrota de la guerra civil. Hay libros y artículos, trabajos y tesis doctorales sobre el tiempo posterior—este volumen parte de una de ellas—, pero en buena medida tienen por autores a personas relacionadas con esa cultura política. Esto ya ocurrió con el interés por la Confederación en sus tiempos dorados, pero su importancia objetiva equilibraba el número de los estudios de los cercanos y los lejanos, de los implicados favorables o contrarios, y de los completamente ajenos e independientes. Sucesivamente, el exilio, la persecución interior y el desconcierto ante la nueva realidad española del segundo franquismo llevaron a la CNT a la irrelevancia. Entonces, el interés historiográfico por la trayectoria confederal posterior a la guerra civil menguó extraordinariamente: las escasas referencias se limitan a algunas obras sobre el exilio. Luego, cuando se evalúa el tiempo de la transición a la democracia y de los primeros años de esta, las obras generales se limitan a sellar la reducida presencia de la CNT en ese instante, constatando que la modernización de España, por fin, se había llevado por delante sin remisión una entidad y una práctica social —las de un sindicalismo libertario y antiestatal— mayormente interpretadas como rareza nacional, como excepción.

Y, sin embargo, las cosas pudieron haber sido de otra manera. Durante unos pocos meses, entre los veranos de 1977 y 1978, la CNT pareció resurgir de sus cenizas cual ave fénix y regresar por sus antiguos fueros. Fue más

bien un espejismo visto desde dentro de la organización y de sus entornos libertarios, pero también desde el conjunto de la sociedad. Lo que había sido la CNT en otro tiempo y lo que por instantes apuntaba volver a ser generaron por igual entusiasmo y temor, simpatía y desazón. La historia legendaria, el mayor patrimonio que entonces tenía la organización, infló la realidad de aquella impresión, sostenida gracias a las instantáneas de algunos mítines multitudinarios, los aromas de fiestas contraculturales y provocadoras al máximo, una huelga en un sector estratégico que amenazó con paralizar la actividad de una gran ciudad mientras incendiaba la reacción de las autoridades, y la presencia cercana de algunas caras famosas que le proporcionaron atractivo y visibilidad. En realidad, no hubo mucho más, porque las cifras de afiliación de entonces e incluso las masas arrastradas a algunos eventos —mucho menos el número de huelgas o conflictos laborales protagonizados por los anarcosindicalistas— ni eran tantas ni se acercaban a las que podían manejar otras organizaciones con las que competía por el mercado social y sindical. Pero, a la vista de los militantes de ese tiempo, aquella oportunidad de oro para que la CNT volviera a ser lo que fue era absolutamente real y, si no logró consolidarse, fue por la persecución, las celadas y las estratagemas a que le sometió su opositor por excelencia: el Estado.

La historia de aquella CNT de la transición a la democracia tiene tanto de mito como de realidad, sobre todo en lo que hace a las explicaciones de por qué no fue posible. Entre aquellos dos estíos gloriosos de 1977 y 1978 se consumió su expectativa. Llegó tarde a la eclosión organizativa de sindicatos y partidos, porque estos llevaban casi un año de crecimiento continuo, y coincidió con el momento general de crisis de afiliación y capacidad movilizadora, de manera que su verano fue el más corto de todos y por eso el más aparente e intenso. Así que quienes protagonizaron o vivieron ese momento multiplicaron los argumentos para explicarse por qué no lograron sacar adelante aquel empeño. Cada cual culpó al contrario y a las circunstancias que lo acompañaban, y no faltó la verborrea descalificante característica de las pugnas orgánicas internas y de los procesos de escisión.

Contrasta así la placidez interpretativa de la historiografía mayoritaria en relación con esta nueva oportunidad histórica para la CNT —no fue capaz de replicar su fortaleza de los años republicanos como consecuencia de la modernización del país— con el dramatismo con que quienes tuvieron que ver con ella han analizado en público o en privado ese fracaso. Al cabo del tiempo, por fortuna, ojos y, sobre todo, metodologías de análisis ajenas a esa preocupación y, particularmente, jóvenes que no vivieron aquellos años han atacado esta cuestión de las causas del no éxito con bastante más mesura y juicio.

Uno de estos casos es el de Héctor González, que realizaba su tesis mientras trabajaba y actuaba como sindicalista en la CNT asturiana, pero al que algún buen efecto ha causado la independencia metodológica y analítica que ponderamos los historiadores. Ella le ha permitido trenzar una historia pro-

funda, seria, documentada, desprejuiciada e independiente en la mirada. Por eso, posiblemente, estamos ante la mejor historia de la CNT durante la transición que a día de hoy podemos leer.

Y esto se afirma por muchas razones. Basta leer en sus primeras páginas la formulación de hipótesis que plantea. Son muchas y, sobre todo, ciertas; creo que son las que deben ser. La principal es saber si los militantes confederales pensaban que estaban en un sindicato de carácter libertario o en una organización anarquista que se acercaba al mundo del trabajo para ganar adeptos. El debate es ontológico en el sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo (y en el sindicalismo anarquista), y de lo que se resuelva depende la explicación de por qué algunas cuestiones fueron fundamentales y otras accesorias, al margen de su presencia en los debates o de su proyección hacia el exterior. Otra no menor es si la CNT se vio a sí misma como un todo o si entendía que solo era una entidad más en un complejo social en el que competía con otros organismos, ideas y realidades. Si se llega a la conclusión de que en la CNT primó entonces su condición y autopercepción obrerista—no incompatible con su convicción libertaria—, la cuestión de su estrategia sindical se proyectará como factor explicativo principal de su éxito o fracaso. La cuestión de participar a su pesar en el sistema de representación sindical basado en elecciones a comités de empresa se convierte así en central, será la explicación a confirmar para dar cuenta de la división interna vivida. Si se cree que primó una mirada endogámica, convencida de que la matriz anarquista de la CNT la convertía en la única organización capaz de cuestionar la deriva que tomaba ya la democracia española, la explicación se buscará en la trampa que le tendió el Estado con el llamado «caso Scala», en enero de 1978.

Héctor González se plantea preguntas de ese nivel y, además, no las responde con la simplicidad que he demostrado en el párrafo anterior. Así, aunque afirma que la mayoría de cenetistas se veía como un sindicato de raíces libertarias, pero sobre todo como un sindicato, y que sus posicionamientos devenían de su experiencia reciente y no de un mimetismo doctrinario remoto—lo que se supone que hubiera hecho la histórica CNT en aquel otro tiempo—, no concluye que las elecciones sindicales fueran el motivo de la división y ruptura final interna. Todo era más complicado, ciertamente.

Y tiene más preguntas profundas que poner sobre la mesa. La cronología no es de las pequeñas. Esta historia de la CNT en la transición ha de terminar, según él, en el Congreso de Unificación que celebran en el inicio del verano de 1984 diferentes sindicatos desgajados de la organización original desde el V Congreso confederal de diciembre de 1979 y después de una escisión de parte de ellos. Es así porque esa unificación sindical dio paso con los años a la CGT, un sindicato que, aun reclamándose también anarcosindicalista, desarrolla una práctica y se percibe de manera muy diferente a la CNT que se quedó con las siglas históricas. De manera que ese hecho, todavía relevante hoy de alguna manera —la CGT es un sindicato de cierta entidad en